Estalla Europa

Léon Degrelle





Estalla Europa

Léon Degrelle

Estalla Europa

"Si hubiera usted alcanzado a tiempo el poder en Bélgica, ¿hubiese podido impedir la Segunda Guerra Mundial?"

A simple vista, la pregunta parece completamente ridícula, porque Bélgica es como un pañuelo plantado al noroeste del continente. Sus 30.000 kilómetros cuadrados representan poca cosa. Y los intereses entonces en juego, tanto del lado germano-italiano como del franco-inglés eran gigantescos. ¿Entonces...?

Pues bien, ese entonces no es tan problemático como pueda parecer a primera vista. Entre los dos bloques de la Europa occidental que iban a empeñarse en un codo a codo, el único país capaz de constituir una barrera, o un lugar de encuentro de los grandes rivales era, sin discusión, Bélgica.

Colocado al frente del Estado, disponiendo del único medio de propaganda internacional que era por entonces la radio, hubiera sido posible, plantado cada día ante el micrófono, contrarrestar, en la Francia del frente popular, las violentas campañas belicistas que buscaban situar definitivamente París contra el III *Reich*.

Los belicistas franceses no eran más que una minora. Una minoría minúscula. Se comprobó con ocasión de los acuerdos de Múnich, en septiembre de 1939, tras los cuales el firmante francés, el ministro Daladier, honesto borracho culto, que esperaba haber sido recibido con tomates y huevos podridos al llegar al aeródromo de Le Bourget fue aclamado por el pueblo parisino en forma que le dejo boquiabierto y pasmado.

Se vio todavía otra vez cuando en la guerra de Polonia, los franceses, pese a los *"¡Vivas a Cartagena!"* de rigor se incorporaron renegando del ejército. Combatieron mal en 1940, no solamente porque la estrategia de Hitler desbordó la de sus Estados Mayores, embotados y atrasados en un siglo, sino porque no comprendía nada de los motivos de aquella guerra y porque la moral no existía en ellos.

Informado a diario, a partir de 1936, es posible que el pueblo francés hubiese comprendido el problema de la reunificación de un *Reich* parcelado poco inteligentemente después de 1918. El francés tiene viveza intelectual. Hubiera podido darse cuenta de que lo mejor sería proponerse él mismo a tiempo una reglamentación total, sobre bases justas, del problema de las fronteras alemanas, muy especialmente de Dánzig, ciudad arbitrariamente separada del *Reich*, que votaba por Hitler en una proporción de un 99 % y a la que, en nombre de la democracia., se prohibía retornar a la patria de su historia, de su raza, de su lengua, y de su elección.

Entonces, ¿para qué servía el derecho de los pueblos de disponer de sí mismos?

Por otro lado, Dánzig era el gollete por el que pasaba el camino hacia el mar de la nueva Polonia.

Evidentemente era inverosímil pensar que un gran país como Alemania quedase partido en dos para siempre, que sus habitantes continuaran sin poderse reunir más que encerrándose en vagones precintados que cruzaban a través de un territorio extranjero.

Polonia, por su parte, tenía derecho a respirar, a alargar su arteria traquear hasta el Báltico.

No obstante el embrollo del corredor polaco no era irremediable.

La solución de un plebiscito amistoso polaco-alemán era relativamente sencilla y hubiera garantizado a cada uno de los dos países, vencedor o vencido en la competición electoral, un acceso libre, mediante una autopista que uniera las dos partes del *Reich* si los alemanes perdían, o bien enlazando Polonia al mar Báltico si los alemanes ganaban.

La búsqueda de una solución parecida o semejante, o incluso diferente pero satisfactoria para las dos partes en litigio, era indudablemente más fácil de implantar que los planes extravagantes de cohabitación impuestos en 1919 a pueblos muy diferentes, rivales a veces, enemigos a menudo: a millones de checos, de eslovacos, de rutenos, de húngaros sobre la antigua fortaleza bohemia; a millones de polacos, de ucranianos, de judíos y de alemanes, en el seno de una Polonia híbrida, sin mayoría nacional; a una Yugoslavia de croatas, de serbios y de búlgaros, que preferían despedazarse que abrazarse.

Pero, he aquí que no era preciso, para encararse con una solución válida del caso de Dánzig, esperar que llegase el 30 de agosto de 1939, cuando ya los motores de algunos millares de tanques roncaban a todo lo largo de Prusia oriental, de Pomerania y de Silesia.

Francia había dado pruebas brillantes de su habilidad diplomática antes de 1914, al liquidar las enemistades anglo-francesas y perfilar la alianza franco-rusa; volvió a darlas bajo el gobierno del General De Gaulle desligándose de la política de bloques. La misma habilidad hubiera podido, con el mismo éxito, en 1936, ayudar a preparar una liquidación pacífica del rompecabezas alemán.

A mayor abultamiento, el Hitler de 1936 no era el Hitler rugiente de 1939.

Yo me entrevisté largamente con él por entonces, por el interés de mi país, tierra intermedia, estaba en anudar relaciones inteligentes y precisas con quienes tenían en sus manes los hilos de la política europea. Por ello me vi discretamente con los principales hombres de Estado de la Europa de entonces, fuesen franceses como Tardieu y Laval, o italianos como Mussolini y Ciano, o alemanes como Hitler, Ribbentrop y Goebbels, o españoles como Franco y Serrano Súñer, o ingleses como Churchill y Samuel Hoare.

En agosto de 1936 había, por tanto, celebrado con Hitler una larga entrevista. El encuentro había sido excelente.

Era tranquilo y fuerte. Y yo, que tenía veintinueve años me lanzaba a todas las audacias.

"Nunca he visto tales cualidades en un muchacho de esta edad", había dicho y reiterado Hitler a Ribbentrop y a Otto Abetz, tras nuestra entrevista. Y cité este juicio no para plantarme plumas de pavo real en el vagón de cola sino para que se pueda apreciar que las corrientes de simpatía y de comprensión habían funcionado y que la conversación que había tenido con él durante varias horas, en presencia de Ribbentrop, le había interesado.

¿Y qué es, en definitiva, lo que le había propuesto? Ni más ni menos que un encuentro Leopoldo III-Hitler en Eupen-Malmédy, otra tierra disgregada de Alemania por el Tratado de Versalles en 1919, esta vez en provecho de Bélgica, después de un plebiscito truncado: los que no estaban de acuerdo habían sido obligados a dar a conocer por escrito su oposición, poniendo su firma en un registro público.

¡Relación temible de futuros sospechosos!

En tales condiciones, ¿quién hubiera firmado?

Todas las campanas de Bélgica habían repicado para festejar ese sedicente retorno. A largo plazo, tales procedimientos eran indefendibles. Era preciso, a mi juicio, prevenir las reclamaciones y enterrar el hacha de guerra en el mismo lugar donde existiese una posibilidad de blandirla.

Hitler estuvo inmediatamente conforme con mi fórmula, un plebiscito cuya campaña preparatoria se limitase a una asamblea de los vecindarios locales de cara a los dos jefes de Estado, que llegarían juntos y explicarían públicamente su punto de vista con toda

sinceridad; una segunda asamblea, idéntica, se celebraría después del plebiscito para que, fuese cual fuese el resultado, ambos jefes de Estado sellasen la reconciliación de sus dos pueblos.

Si Hitler se avenía a una solución tan pacífica - que satisfizo también a Leopoldo III cuando fui a darle cuenta - con mayor razón hubiera podido aceptar en 1936 un debate sobre el conjunto de las fronteras austríacas, checas, danesas, etc., y, especialmente, un arreglo amistoso con una Polonia reconciliada con el *Reich* desde 1933 y amiga, por otra parte, de una Francia que hubiera sido, en esta ocasión, el agente ideal para un arreglo definitivo.

Poco antes, el Mariscal Petain y el Mariscal Göring habían celebrado una entrevista, precisamente en Polonia. A la vista está que nada sensato era imposible.

No existe ningún hombre de Estado que no hubiese deplorado, desde 1920, la torpeza de las decisiones tomadas después de la Primera Guerra Mundial respecto a Dánzig, el pasillo polaco y Silesia.

Las decisiones impuestas entonces habían sido injustas, basadas en dictados y apoyadas en plebiscitos falsificados.

Estudiándola reposadamente, una solución sensata hubiera debido ser ofrecida mucho antes de que se plantease como problema la anexión austríaca y los Sudetes. Tanto más cuanto que el ambiente, lo mismo en Polonia que en Alemania, era de colaboración, hasta el punto de que cuando el presidente Hacha, repudiado por los eslovacos, confío a Hitler el 15 de marzo de 1939 la suerte de Bohemia, la Polonia del Coronel Beck participó militarmente en el asedio, ocupando la ciudad y la región de Teschen.

Aquella Polonia, bien aconsejada, muy difícilmente se hubiera rehusado en el curso del verano de 1939 a un debate serio con su aliado de aquella misma primavera.

Sin la intervención provocadora de los ingleses a finales de abril de 1939, prometiendo la luna al Coronel Beck, hombre tarado física y económicamente, aquel acuerdo hubiera sido perfectamente negociable.

Hubiera sido decisiva una llamada al espíritu de comprensión de los franceses. Hitler había renunciado públicamente y para siempre a Alsacia y Lorena. No deseaba en forma alguna cruzar los aceros con una Francia inasimilable, es decir, sin interés para un conquistador.

Francia, por su parte, no tenía nada que ganar en semejante jaleo. Así como las tierras fecundas del este podían ser para Hitler una tentación - y se le hubiera debido orientar y encorajinar en ese sentido liberando por cien años Occidente del peligro alemán - una guerra con Francia estéril por anticipado, había dejado de despertar en Hitler el menor deseo.

Un jefe de gobierno belga, que hubiese explicado al pueblo francés la importancia vital de su papel de conciliador como yo hubiese hecho sin descanso ante los micrófonos de la radiodifusión, hubiese podido orientar en Francia los espíritus.

En todo caso yo hubiese intentado lo imposible.

Lamentaré hasta la muerte no haber podido conquistar a tiempo el poder, aunque ello no me hubiese deparado más que una mínima posibilidad de salvar la paz. La hubiese utilizado al máximo. El entusiasmo por lograrlo me hubiese dictado las palabras que hacían falta. El pueblo francés estaba maduro para el lenguaje que yo le hubiese ofrecido.

Lo más sorprendente es que si yo no pude hacerme cargo a tiempo del poder, tomándolo con manos fuertes, un poder que jamás hubiese soltado, puede creérseme, la presa se me escapó precisamente por causa de Hitler.

Fueron sus intervenciones en Austria, en la región de los Sudetes, en Checoslovaquia y, después, el comienzo del tinglado polaco, los que enfriaron al electorado belga y entorpecieron mi ascensión final.

Lo cual no es óbice para que miles de veces se me haya descrito por entonces como un instrumento de Hitler, como un juguete de Hitler.

Jamás he sido juguete de nadie, y mucho menos aún de Hitler, incluso durante el curso de la guerra cuando luchaba al lado de los ejércitos alemanes del frente de este. Los más secretos archivos del III *Reich* lo demuestran. Ni en 1936, ni después, ni nunca he recibido de Hitler ni un céntimo, ni una consigna.

Por otra parte, nunca intentó él ejercer sobre mí ninguna clase de presión.

Por el contrario, tiempo más tarde, cuando las incertidumbres políticas de la guerra me angustiaban, no me mordí la lengua delante de él. Su principal traductor, el Dr. Schmidt, que asistía como intérprete a nuestras entrevistas, ha contado personalmente en los periódicos después de la guerra, hasta qué punto hablaba yo al *Führer* con un vigor y una crudeza que nadie osó jamás emplear con semejante interlocutor. Y él lo encajaba muy bien con evidente buen humor.

"Léon...", me decía durante la guerra, *"...cuando yo lo exigía todo para mi país y rehusaba todo en su nombre... ¡ahora resulta que no es usted quien colabora conmigo, soy yo el que colabora con usted!"*

Lo cual no dejaba de ser verdad.

Porque nuestro país, demasiado pequeño en una Europa mal definida, se arriesgaba a perder su personalidad. Yo exigí siempre que el carácter propio de nuestro pueblo se respetase totalmente: en su unidad, sus costumbres, su fe, sus dos idiomas, su himno nacional, sus banderas. Jamás toleré, a lo largo de toda la campaña de Rusia, que un alemán, por muy simpático que él fuese, ejerciese mando en ninguna de mis unidades o, simplemente, se dirigiese a nosotros en alemán.

Nosotros debíamos, en primer lugar, afirmar nuestra personalidad. Ya se vería después hasta dónde podíamos llegar.

Incluso ante Hitler yo no utilizaba más que el francés (que Hitler ignoraba) en nuestras conversaciones lo que por otra parte me permitía tomarme tiempo para reflexionar mientras me traducían la respuesta, que yo ya había entendido.

Hitler, sin embargo, no era totalmente inocente.

"¡Fuchs!" (zorro), me dijo un día riéndose, tras haber visto en mis ojos un destello malicioso. Pero no le molestaban mis subterfugios y me dejaba sopesar con tranquilidad cada una de mis propuestas.

Sin embargo, en 1936, las cosas aún no ocurrían así. Hitler era todavía para nosotros un alemán remoto. La era de las grandes operaciones de reagrupamiento germánico no había comenzado aún.

La reocupación de la orilla izquierda del Rin, lógica, y que debió haberse concedido a los alemanes mucho tiempo antes, no había causado excesivas desgracias. Había sido rápidamente transferida por los ingleses y por los franceses a la cuenta de pérdidas y ganancias.

En el momento de la victoria del Rex (en mayo de 1936), el barómetro de Europa señalaba más bien tiempo bonancible.

En el transcurso de nuestra campaña electoral, el nombre de Hitler no había sido evocado una sola vez por ningún contradictor.

En todos los partidos o movimientos belgas participantes en el combate electoral, nos habíamos atenido a tratar problemas de política interna. El programa rexista de entonces

- aún existen los textos amarillentos por el transcurso del tiempo -, habla largamente y con dureza de barrer los viejos partidos políticos, de la reforma del Estado (autoridad, responsabilidad, permanencia), del socialismo a edificar, de la alta finanzas que deberíamos sujetar. Pero eso no era más que político interior, en la que no se esbozaban programas con visión internacional.

A lo largo de muchos meses todavía después de nuestra victoria de 1936, nuestra postura se limitó a preconizar una política de neutralidad que apartase nuestro país de cualquier alianza peligrosa - ¿acaso De Gaulle actuó más tarde, en forma distinta, ante los dos bloques de la postguerra? - y mantuviese nuestra patria al margen de las querellas que comenzaban a amenazar entre las democracias al viejo estilo (Francia e Inglaterra) y las democracias del orden nuevo (Alemania e Italia) Bajo nuestro impulso, esta política de neutralidad se convirtió rápida y oficialmente en la de Bélgica y la de su rey, Leopoldo III.

En todo esto, nada marcaba, por consiguiente, una orientación internacional del rexismo en un sentido pro-hitleriano. Algunas de las grandes reformas del nacionalsocialismo y del fascismo nos interesaban vivamente. Pero nosotros las estudiábamos únicamente como observadores.

A decir verdad, mis afinidades eran francesas. Mi familia procedía de allí. Mi mujer era de allí y había conservado su nacionalidad. Mis hijos podrían un día optar por el país de su elección. Entre 1936 y 1941 estuve una vez en Berlín y más de cien veces en París.

No es, por lo tanto, cuestión de intervención de Alemania, de dinero alemán, de órdenes procedentes de Alemania. Éramos neutrales. Ni con Alemania, ni con Francia, ni contra Alemania, ni contra Francia: la más rigurosa neutralidad, frente a una querella en la que Bélgica no tenía nada que ganar y en la que, presa entre los dos batientes agitados violentamente, no le cabía más que recibir malos golpes, tanto de unos como de otros.

Sin embargo, en la primavera de 1936, semejante confrontación no estaba todavía inscrita en el orden del día europeo. Pasaron algunas semanas de tregua. Después durante el verano, se precipitó la avalancha.

Para empezar, en Francia.

El frente popular triunfó electoralmente. El poder pasó al jefe de la coalición izquierdista, Léon Blum, enemigo por sus convicciones marxistas y por su procedencia judía, de todo lo que fuese hitleriano.

¡Su rabia - y la ceguera que la rabia produce - era tal, que había predicho la perdición de Hitler inmediatamente antes de que éste llegase al poder!

Una serie de ministros de ese gobierno, tanto hombres como mujeres, eran igualmente judíos.

No puede decirse que sintiesen una exagerada pasión por Francia. ¡Uno de ellos, Mefistófeles con gafas, llamado Jean Zay, había, incluso un tiempo antes, llamado *limpia culos* a la bandera francesa! Pero su pasión anti-hitleriana, esa sí que era virulenta, ilimitada.

Inmediatamente aumentó la tensión internacional.

Apoyado a fondo por la propaganda sionista, el frente popular se precipitó contra cualquiera que fuera de derechas, tanto en el extranjero como en Francia. Me hizo describir en su prensa, únicamente porque yo era neutral, como un satélite de Hitler. Hizo emplearse a fondo contra mí a los agentes secretos del *Deuxieme Bureau* francés, enormemente numerosos y activos en Bélgica donde derramaban con

abundancia, en la prensa y en los ambientes mundanos desplumados y ávidos de dinero, los millones de la corrupción.

Un mes más tarde se vino la segunda descarga eléctrica: la España nacional se alzaba contra el frente popular, hermano querido del homónimo frente popular francés.

España y Bélgica no eran vecinas, ni tenían ni podían tener intereses opuestos en nada. La sublevación era justa, sana, necesaria como el episcopado español y después el Vaticano habían de proclamar aquel mismo año.

La Guerra Civil es el último de los recursos, pero el frenesí sectario del frente popular no había dejado a la España nacional otra salida que optar por este último recurso.

La falange, de inspiración católica, estaba política y espiritualmente muy próxima al rexismo. Yo mismo fui nombrado por José Antonio Primo de Rivera, en 1934, número uno de la falange en el exterior.

El ejército español que se había sublevado defendía los mismos ideales patrióticos y morales que el rexismo.

¡Pues naturalmente! Si el frente popular francés, si los *soviets*, si toda la Internacional marxista tomaban partido por incendiarias y asesinos comunes, si los sostenían frenéticamente, si los colmaban de aviones franceses y de carros de combate rusos, si les enviaban millares de reclutas - iluminados como Malraux, carniceros sangrientos como Marty, o desechos de cárceles -, ¿por qué nosotros, patriotas y cristianos, no habríamos de poder de mostrar nuestra simpatía hacia patriotas y cristianos, acosados y perseguidos durante cinco años de terror y reducidos a alzarse en armas para sobrevivir...?

De todas formas, se había encendido la primera hoguera de una guerra europea. Ningún bombero capaz de apagar el naciente brasero aparecía. Por el contrario, se incrementaba el incendio. Alemanes e italianos, comunistas rusos y franceses rojos pasaban de los intercambios de palabras a los intercambios de explosivos, pretendiendo servirse del campo de batalla español para pasar a cuchillo a sus contrincantes.

Internacionalmente 1936 acababa mal.

Los nervios estaban a flor de piel.

El año 1937 iba a marcar en Europa el viraje fatal.

A partir de entonces, Hitler, que no tenía que preocuparse excesivamente por los planes electorales del rexismo, habría de estorbar fatalmente nuestra acción cada vez que intentásemos reforzarla para alzarnos pacíficamente hasta el poder.

Entre nosotros era una postura absolutamente decidida: nada de acceso al poder por la violencia. Nunca, en tiempo de paz, he llevado sobre mí un arma. Se me podía ver en Bruselas, o donde fuese, sin protección de ningún orden. Iba a misa, al restaurante o al cine con mi mujer: era mi único escudo, lleno de gracia y gentileza.

Hacia kilómetros paseando por los bosques con mis hijas. Siempre he sentido un horror físico hacia cuanto supongan, genízaros o cuerpos de guardias. Siempre he creído en mi estrella. Y, de todas formas, una pistola en un bolsillo del pantalón saldría demasiado tarde para entorpecer mi caza.

El pueblo siente horror hacia esas protecciones que tienen un cierto aire de presunción. Es preciso confiar en él, francamente. Yo iba absolutamente solo, en tranvía, a los mítines rojos peor afamados. Los incidentes no faltaron, es cierto. A menudo, fueron cómicos. Pero mi sistema era el acertado. El corazón del pueblo es sano. Y es preciso apelar a sus sentimientos de hospitalidad y de amabilidad, y no a una intimidación ofensiva.

Al igual que yo quería ganar las masas mediante el corazón, sin recurrir nunca a una

ostentación de fuerzas, me oponía vitalmente, se oponía todo mi ser, a recurrir a la fuerza armada para auparme al poder en mi país.

Dicha fuerza armada la tuve a mi disposición; en octubre de 1936, el jefe más famoso y más popular del ejército belga, el General Chardonne, puso, por escrito, todas sus tropas a mi disposición, ofreciéndose a trasladarlas en trenes especiales a Bruselas. El terreno hubiese sido despejado en una hora por la división de elite que eran los Cazadores de las Ardenas. El rey, así me lo dijo después su secretario el escritor Pierre Daye, hubiese ordenado que no se resistiese.

Di las gracias al general, pero rehusé semejante operación.

Sin ninguna duda, si yo hubiese podido adivinar hasta qué punto los acontecimientos internacionales iban a ganarme por la mano, hubiera aceptado. Se hubiese encontrado muy poca resistencia por parte de quienes tenían entonces la sartén par el mango. Una vez tomada mi decisión, hubiese inmediatamente liquidado cualquier obstáculo, sin exagerar las consideraciones: la salud de mi país y la paz de Europa hubieran tenido a mis ojos mayor valor que los cacareos de un puñado de dirigentes marxistas, rápidamente enmudecidos. Pero, en el fondo de mí mismo, estaba seguro de triunfar sin recurrir a una solución de fuerza. La solución que yo quería era la convicción, la adhesión y la entrega, libremente otorgadas, entusiastas.

A los veintinueve años, masas inmensas se habían entregado a mi causa. Algunos meses más tarde, los jefes nacionalistas flamencos aceptaban mi concepción de una Bélgica federal. Sus diputados y senadores, de número semejante a los míos, habían formado un bloque con el rexismo. Ya ocupábamos así la cuarta parte de los escaños del parlamento. ¿Por qué esta progresión pacífica no continuaría sin violencia hasta la victoria final? Únicamente ganar una elección, dos elecciones, mediante algunas campañas populares pujantes y llegaríamos al poder sin disparar un tiro, apoyándonos en la adhesión y el afecto de la mayoría absoluta de mis compatriotas.

Los dos jefes más inteligentes del viejo partido católico, honrados ambos, y que compartían mis preocupaciones y mis ideales, Los ex-ministros Sap y d'Aspremontlinden, se habían puesto secretamente de acuerdo conmigo para formar con el rexismo un gobierno de coalición en cuanto surgiese la ocasión favorable, que ya todos veíamos al alcance de nuestras manos.

Estuve bien cerca de alcanzarlo.

Si no pudo ser así se debió, sobre todo y por encima de todo, lo repito, a causa de Hitler, que había pasado por entonces de la era de la reorganización interna del *Reich*, a la era de las reivindicaciones internacionales, lanzando en todos nuestros países a los electores enloquecidos a cobijarse bajo los paraguas de los viejos regímenes conservadores.

Al comienzo de 1937 se había agravado formidablemente la pugna en Europa, atizada cada vez más violentamente por las continuas bravatas del frente popular francés. Hitler respondía a sus enemigos marxistas lanzando sobre ellos las imprecaciones más tonantes, los sarcasmos más crueles.

En seis meses, Europa se encontró dividida en dos campos. No es que ella se hubiese escindido, se nos escindió. Nosotros, que no teníamos ningún vínculo de ningún orden que fuera, ni político ni económico, con el III *Reich*, fuimos arrojados, como un bulto al andén de una estación, al bando alemán en el que, sin embargo, no queríamos aterrizar a ningún precio.

Me acordaré siempre, cómo a la salida de un mitin de izquierdas, en el invierno de 1936-37, la voz de un manifestante roja me lanzó - era la primera vez -, el apóstrofe:

"¡A Berlín!"

Era la calumnia integral.

Me volví inquieto hacia mis amigos presentes: *"¡Gravísimo ese grito!"*

En efecto, al día siguiente, toda la prensa marxista lo repetía. En lo sucesivo, seríamos catalogados, pese a nuestras protestas incesantes, ¡como los hombres de Berlín!

Pero la catástrofe suprema fue que Hitler, furioso por las campañas histéricas montadas en contra suya por todas partes, había comenzado a perder la paciencia, a vociferar, a arremeter. Y cada vez, sus expansiones, lo mismo fuesen hacia el Danubio austriaco o hacia las montañas de los Sudetes, o hacia los bellos puentes barrocos de Praga, herían siempre, automáticamente, de lleno, las grandes campañas electorales del Rex que hubieran podido encarrilar entonces, definitivamente, al público belga tras nosotros.

El belga - y esto es comprensible - había conservado de la invasión de 1914, que había sido tan injusta como cruel, un recuerdo horrorizado. Cada irrupción militar de la nueva Alemania en un país vecino, lo mismo si esta entrada había sido pacífica, lo mismo si había sido aceptada, incluso acogida con entusiasmo como en Austria en 1937, irritaba al electorado belga.

"¡A Berlín, a Berlín!", vociferaban, muy seguros del resultado del eslogan, los propagandistas de la extrema izquierda. Lanzarnos vilmente esta calumnia a la cara era enloquecer, con absoluta impunidad, al cuerpo electoral, lo mismo al valón que al flamenco. ¡A Berlín! Cuando el mencionado Berlín, por sus intervenciones internacionales, provocaba invariablemente el pánico en el momento decisivo entre el público que nos esforzábamos en conquistar.

Cuando, en abril de 1937, reté al primer ministro belga, M. Van Zeeland, a una verdadera elección plebiscitaria, el aullido *"¡A Berlín!"* resonó durante toda la campaña. Aquella se clausuró por un formidable golpe de báculo político que me asestó el arzobispo de Malinas, más anti-hitleriano todavía que el primer ministro francés Léon Blum, y que todos los comités judíos reunidos.

El cardenal Van Roey era un gigante, campesino flamenco tallado con hacha de sílex.

Su palacio arzobispal, de un aburrimiento apabullante, estaba saturado de jorobados, de bizcos, de cojos, chusma lúgubre y silenciosa reclutada al precio más económico.

Su aire eternamente ceñudo daba pruebas, en todo, de un fanatismo elemental. Nunca había leído un solo ejemplar de un diario no católico. Solo pensarlo le horrorizaba. Para él, un incrédulo no presentaba el más mínimo interés. Plantearse preguntas sobre lo que un ateo pudiese pensar jamás le hubiese venido a la imaginación. El incrédulo era en su concepto del universo, un ser absolutamente insólito, un anormal.

Independientemente del problema de esta insensibilidad dramática frente al caso de los neocatólicos, me había indispuesto con Su Eminencia, al desenmascarar entre otros veinte el escándalo político-económico en el que estaba metido de hoz y coz desde hacía largo tiempo un tiburón de la Banca - y senador católico - llamado Philips, enano carmesí con una enorme nariz adornada por una verruga violácea y granulada como una mora.

Este Philips regalaba generosamente (6 millones de francos en 1934) comisiones a cierta jerarquía ensotanada, que constituía desgraciadamente la armazón de la red de propaganda de su banco. Era tanto más generoso cuanto que, gracias a la corrupción del partido católico en el poder, se había hecho adjudicar por el Estado belga (los colegas socialistas se hicieron adjudicar, por el mismo tiempo, subvenciones similares en favor de su banco del trabajo en declive) intervenciones financieras astronómicas. Yo había

descubierto el latrocinio. Había husmeado estos *banksters* en el foco mismo de sus inmundicias, haciéndoles rebozarse en su pringue ante Bélgica entera.

Philips no tuvo otro remedio que acusarme ante los tribunales. Yo había ganado. A grandes escobazos le había expulsado de la vida política belga, arrojándole literalmente del senado. Se encontró tirado en el suelo con su deshonor, su verruga violácea y la marca vigorosa de mis botas sobre sus viejas nalgas fofas.

"¡Excremento viviente!", le había gritado, de cara a las masas, expulsándole.

Pues bien, aquel señor era entonces un familiar - familiar extraño y apreciado - del buen cardenal.

Su intimidad era tal, que el arzobispo, hogareño como una chimenea dieciochesca, había roto en su honor sus costumbres retraídas, pernoctando un fin de semana en el suntuoso castillo con el que se había obsequiado el banquero en un pintoresco rincón de Brabante.

Algunos años antes cuando el banquero era, políticamente, un desconocido, el cardenal Van Roey había ordenado a los parlamentarios católicos que le nombraron senador, sustituyendo en la plaza a un eminente intelectual de derechas. Después de aquello, defenestrar al tal Philips, catapultarle por los aires para que cayese tripa abajo entre sus millones sucios e inútiles, ¡era, evidentemente, una profanación!

No me había detenido en aquel tratamiento irrespetuoso del trasero del ungido. Había tratado a patadas, con el mismo furor sagrado, a algunas docenas de colegas del citado senador. Todos igualmente santurrones, siempre con el aire de transportar el santo sacramento por donde iban, pillastres y lascivos entre la madriguera de la alta finanza. Había apuntado al pelotón de cabeza, y tirado luego a quemarropa al presidente del partido indecentemente llamado *católico*, el ministro de Estado, Paul Segers, un sacristancito jactancioso, siempre cacareante, la cara lívida de gazmoñería, que entre dos *oremus* había metido mano abundantemente en las cajas del Estado y, especialmente, en la caja oficial de las gentes modestas, la caja de ahorros.

Por parte del jefe de aquellos grandes burgueses católicos, tan satisfechos de su moralidad, tal hipocresía era particularmente innoble. Eran los representantes típicos de una elite podrida que jugaba, con los pulgares en el chaleco, a la virtud inmaculada .Yo me lancé en picada sobre el Segers en cuestión. Hice irrupción en la tribuna desde la que presidía la asamblea anual de su partido. Era (los dioses, a veces, tienen humor) un 2 de noviembre, día de difuntos.

Llevaba conmigo a trescientos mocetones robustos y alegres, decididos a todo.

El ministro Segers, entre las cuatro palmeras de la tribuna oficial, fue tratado por mí, durante cosa de media hora, como un montón de estiércol.

Fue el mayor escándalo de la Bélgica anterior a 1940.

Como Philips, y con la misma fortuna que él, Segers me demandó ante los tribunales reclamándome 3 millones de francos de daños y perjuicios destinados a reivindicar su honor. ¿Qué honor? ¿Reivindicar qué? ¿Esos estafadores de la política-finanza creían que podían tener, de lejos o de cerca, todavía un soplo de honor?

Se celebró el proceso. No solamente fui triunfalmente absuelto (y bien sabe Dios que yo ignoraba todo, por entonces de los *arreglos* de la justicia), sino que Segers, todo un ministro del Estado como era entonces, fue condenado como un vulgar petardista.

"¡Es usted la bandera del partido católico!", le había gritado, durante la vista del proceso, un senador llamado Struye, con pinta de peluquero de barrio y cabeza de sapo con gafas. Dicho sapo, que llegó a ser ministro después de la *liberación*, impulsado por una vocación tardía de matarife, se vengaría de la condena de su *bandera* enviando al

pelotón de ejecución a más de un centenar de nuestros camaradas.

El caso de la democracia belga anterior a 1940 era el caso de todos los regímenes democráticos de entonces, débiles, es decir abiertos a todas las tentaciones del dinero.

Cada uno de ellos conoció por entonces su escándalo: Barmat, en Alemania, Stavisky, en Francia (los dos judíos, dicho sea de paso)

Pero las policías se encargaban, cada vez, de liquidar el negocio sucio con una notable celeridad. Barmat fue encontrado, de madrugada, muerto en su celda, y Stavisky, en otra madrugada, se hizo agujerear a quemarropa por la tropilla que había cercado aquella noche su villa de Chamonix, desembarazando de ese modo de toda zozobra a la horda de políticos de izquierda que habían cubierto a Stavisky de dinero propiedad de Francia y, en contrapartida, habían vivido de sus rapiñas.

En Bélgica - y algunos no me lo perdonarán jamás - yo no había salvado a los Stavisky, valones o flamencos, y no había tolerado que se les salvara. Por el contrario, había mantenido bajo el agua sus sucias cabezas podridas hasta que la última burbuja de aire salió a la superficie.

Pero cada vez que yo liquidaba un político rastrero que se disfrazaba con el nombre de católico (¡lo que me parecía más escandaloso todavía!), mi nuevo crimen era cuidadosamente inscrito en el cuaderno de notas del cardenal.

¡Dios mío, cuando él era, sin embargo, quien debió lanzarlos volando a través de las vidrieras de sus catedrales!

¡Pero no! ¡El culpable era yo, que le barrió inmediatamente, con sincero catolicismo, a los estafadores de la política financiera, atrincherados hipócritamente detrás de los confesionarios y las pilas de agua bendita!

El cardenal fue desautorizado, en diciembre de 1936, por el Vaticano (donde me habían recibido secretamente), por habérsele ocurrido preparar una carta pastoral contra el rexismo.

Agazapado tras sus cojos, sus jorobados, sus bizcos, del palacio arzobispal, me acechaba. Esperaba su hora.

La elección-plebiscito Van Zeeland-Degrelle, del 11 de abril de 1937, iba a ofrecerle la esquina estratégica desde la que, silenciosamente apostado, me cazaría al peso. En el último minuto de la campaña electoral, cuando era técnicamente imposible toda respuesta, de golpe, hizo tremolar en los aires su báculo medieval.

Con una intolerancia política que a buen seguro ningún público católico soportaría hoy, se metió, con la mitra en la cabeza, en el bullicio estrictamente electoral, donde el catolicismo no tenía absolutamente nada que ver, lanzando *urbi et orbe* ¡una declaración fulminante prohibiendo votar a mi favor!

Pero eso no era todo. En otra, prohibía abstenerse de votar o votar en blanco, que es lo que se disponían a hacer numerosos católicos belgas que, no afiliados a Rex, no querían sin embargo dar sus votos al candidato Van Zeeland escogido por la extrema izquierda; candidato, por otra parte, del que comenzaba a cuchichearse que estaba también enredado en un escándalo financiero.

El escándalo estalló el mismo verano de su elección. Aparecería, entonces, que este político, imprudentemente bendecido, no había vacilado antes en apropiarse clandestinamente, con algunos cómplices, de los sueldos de altos funcionarios de la *Banque Nationale* que ya habían muerto según el registro civil, pero que Van Zeeland y su cuadrilla mantenían en perfecto estado de salud según la nómina de sueldos de la banca oficial del Estado belga.

Van Zeeland y sus colegas de pillería llamaban a esta caja reservada *la cagnotte*

(algo así como *la alcancía*) La vaciaban sin vergüenza cada mes, robando al Estado y robando, por carambola, al fisco, ¡al que, como se imaginará, no declaraban aquellas rentas-malversaciones!

¡Las costumbres político-financieras de las democracias anteriores a 1940 eran de tal tipo, que se podía perfectamente llegar a primer ministro después de haber utilizado cadáveres de funcionarios para llenarse los bolsillos a costa del Estado!

¡Con la mano sobre el corazón y los ojos en blanco, el tal Van Zeeland se ofrecía a los electores ingenuos, para representar en su nombre la patria y la virtud, puestas en peligro por el rexismo!

¡Había que oír al falso apóstol, más afilado que los millones de cuchillas fabricadas por M. Gillette, salmodiando, lagrimeando, jugando al mártir demócrata y dirigiendo sus enternecidos ojos hacia el cielo de los justos!

Pues bien: este salteador de macabeos bancarios fue así como suena: el líder europeo por excelencia en la lucha mundial contra el fascismo antes de la Segunda Guerra Mundial.

Y, para salvarle de la catástrofe electoral que los sondeos del ministerio belga del Interior dejaban claramente prever tres días antes del plaza, un prelado político no titubeó, pocas horas antes de la elección, en hacer voltear su báculo en todos sentidos, como una maza de troglodita.

Obligó a 100.000 católicos bruselenses a votar por un títere que, aquel mismo año, en octubre de 1937, daría un patinazo gigantesco con el escándalo de su *alcancía*. Debería dimitir - ¡para siempre! - de la presidencia del gobierno belga, en tanto que varios de sus colegas necróforos de la *Banque Nationale* - con un ministro de Estado a la cabeza -, se suicidaban, con pocos días de intervalo, como una verdadera traca de salchichas atiborradas de dinamita saltando por los aires en Bruselas y en Amberes.

¡Pero el 11 de abril de 1937, el *cagnotard* Van Zeeland se alzaba vencedor sobre los altares del anti-*nazismo*!

Está bien claro que el hecho de ser católico fue, durante mi vida política, un *handicap* considerable. Si yo hubiese sido incrédulo no hubiera estado sometido a aquellas presiones políticas.

Yo hubiera estado menos maniatado, menos aislado, porque el catolicismo de aquella época era estrecho, indicativo, incomprensivo y, por lo mismo, frecuentemente provocativo. Alzaba barreras en todas direcciones. Nos había deformado. Nos hacía perder el contacto con millones de gentes honestas. Y nos exponía a violencias inauditas, como las que me hizo sufrir, en la madrugada del 11 de abril de 1937, un hombre respetable como prelado, pero que políticamente se creía entonces, por derecho divino, coaccionador omnipotente de la libertad de los electores.

"¡La cruz ha vencido a la cruz gamada!", proclamó al día siguiente de la elección de Van Zeeland, a todo titular de su primera página, *L'intransigeant*, de París. Semejante titulo en un gran periódico francmasón, ya era bastante elocuente. Respondía al *"¡Vive le Cardinal nom de Dieu!"* de los marxistas belgas, aullado por Bruselas en la tarde de su victoria. Léon Blum invitó a París al triunfador. Fue recibido por este judío ateo como baluarte atizado contra Hitler.

Pero - y esto sí que fue gracioso, pero no se supo hasta más tarde - el principal proveedor de fondos de este anti-hitleriano había sido - exactamente por la misma suma, 6 millones de francos, y exactamente en la misma época - el proveedor de fondos de las organizaciones hitlerianas en Alemania.

Se trataba del magnate de la sosa, Solvay, que como corresponde a un verdadero

súper-capitalista financiaba todo aquello que él creía planes rivales, para tener tanta influencia con uno como con otro, y cubrirse a dos bandos.

Fue bajo aquellos millones de la duplicidad súper-capitalista, bajo aquellos barriles de agua bendita cargada de hielo político y bajo el estallido de la calumnia *“¡A Berlín!”*, repetida sin descanso por los belicistas, de Londres y de París, cómo yo conocí, tras aquel plebiscito Van Zeeland, y pese a que había obtenido un 40 % más de votos que el año anterior, mi primer fallo electoral.

Voltearía al propio Van Zeeland seis mesas más tarde, tras haber revelado al público belga, en toda su amplitud el escándalo de su famosa *alcancía*, Pero el mal estaba hecho: la calumnia *“¡A Berlín!”* me había cortado el camino.

Comprobado cómo aquel eslogan impresionaba al público, la horda marxista belga lanzada contra mí, se apresuró a empapelar toda Bélgica de carteles en los que yo aparecía cubierto con un casco de punta, como los que los alemanes llevaban en 1914 ¡en una época en la que yo no era más que un chiquillo!

De elección en elección, aquel casco de punta iba a adornar cada vez más los muros de Bélgica, instalándose en mi cráneo por centenares de millares de ejemplares.

La prensa marxista no vacilaba ya ante nada, incluso en recurrir a las falsedades más groseras.

Publicó fotos trucadas en las que el jefe de mis diputados aparecía en la gran escalera de honor de las concentraciones *nazis* de Núremberg, entre dos hileras de banderas con la cruz gamada. Encontramos, en los archivos de las agencias, la foto original ¡en la que aparecía Hitler en lugar de nuestro diputado! ¡Y después, la foto de éste, que se había superpuesto a la precedente y que había sido sacada delante del parlamento de Bruselas!

Pero verdaderamente, para nada servía indignarse ni protestar. Los tribunales hacían oídos sordos y enterraban los expedientes. ¡No existía nada más que el odio hacia los alemanes, y nosotros éramos alemanes! ¡Los hombres de paja de los alemanes! ¡La vanguardia de los alemanes para el día muy próximo, en el que Bélgica sería devorada por ellos con nuestra complicidad!

La Segunda Guerra Mundial ha tenido lugar. Todos los archivos del III *Reich* han sido embargados, escudriñados. En ninguna parte se ha descubierto el más ínfimo rastro de unión, incluso de ningún contacto del Rex o mío desde 1937 hasta la invasión del 10 de mayo de 1940, con quienquiera que fuese y perteneciese a la diplomacia del III *Reich*, o a la propaganda del mismo.

Desde 1937 nosotros mirábamos con mucho cuidado dónde poníamos los pies, procurando - lo que era lamentable, pues tener contactos en todos los países, hubiese sido más útil que nunca - no encontramos nunca, fuese donde fuese, con un italiano o un alemán. Pero no nos servía de nada, en lugar de avanzar electoralmente nos fue preciso recular, comprobando con una inquietud cada vez mayor que Bélgica, al igual que toda Europa, sería invadida en lo sucesivo por la locura anti-hitleriana y que a la hora de la prudencia y de la reserva se tiraría de cabeza por el precipicio.

En septiembre de 1939 aún pudo creerse, una vez que Polonia fue invadida y que los anglo-franceses habían declarado la guerra al *Reich*, que Bélgica, oficialmente aferrada a su neutralidad, conservaría ciertas posibilidades de mantenerse fuera del conflicto.

Pero aquellas posibilidades se chafaron pocas semanas más tarde.

A principios de noviembre de 1939, se concluyó un acuerdo entre el jefe del ejército francés, el General Gamelin, y el agregado militar belga en París, el General Delvoie.

¡Acuerdo clandestino, como puede imaginarse!

Un teniente coronel francés, llamado Hautecoeur, fue rápidamente destacado en

misión secreta a Bélgica, ante las más altas autoridades, como enlace de los jefes militares aliados.

El Generalísimo Gamelin, fue desde siempre un partidario resuelto de la entrada en Bélgica del ejército francés, único camino, según escribía a su primer ministro Daladier, el 1 de septiembre de 1939, en previsión de una acción ofensiva que, añadía, alejaría la guerra de las fronteras francesas, especialmente de nuestras ricas fronteras del este.

Era - ha explicado posteriormente Gamelin, para justificarse (*Servir,* tomo III, pág. 423) -, del mayor interés buscar la forma de soldar al dispositivo aliado las veinte divisiones belgas, cuyo equivalente no podría ser obtenido en nuestro propio suelo, en razón a nuestra decreciente natalidad.

"Bien entendido...", continúa, *"...que he tenido al corriente de estas conversaciones oficiosas y secretas al presidente Daladier y a las autoridades británicas." "Los belgas..."*, escribía finalmente, *"...siempre me han asegurado su conformidad con mis proposiciones."* (*Servir*, tomo I, pág. 89)

Por parte del Generalísimo Gamelin, la maniobra era lícita. Era el jefe de la coalición aliada y buscaba la forma de ganar la guerra con la mayor seguridad posible y con los menores gastos. Con tales imperativos había actuado: *"El 20 de septiembre nosotros habíamos decidido entrar en relación con el gobierno belga."* (*Servir*, tomo I, pág. 83 y 84) Por aquel *nosotros* se refiere a Daladier, al ministro inglés de la Producción, Lord Hankey, y al ministro inglés de la Guerra, Hore Belisha, judío.

Esta decisión fue hecha efectiva: *"A principios de noviembre..."*, añade Gamelin muy ingenuo en sus revelaciones, *"...habíamos llegado a un acuerdo con el Estado Mayor belga."* (*Servir*, tomo I, pág. 84)

Nadie podría arriesgarse a negar semejantes afirmaciones tan poco diplomáticas.

El General Gamelin negoció secretamente con los belgas, como lo precisó Churchill en su libro *Se aproxima la tormenta* (pág. 89)

"Fue preciso proceder a la designación de oficiales belgas de enlace para prestar su concurso a los franco-británicos una vez que hubiese penetrado en el territorio belga", reconoció con toda crudeza, pero con ocho años de retraso, el primer ministro belga de entonces, Pierlot, en el diario *Le Soir* del 9 de julio de 1947. Y añadió: *"Cuando los ejércitos aliados entraron en Bélgica, lo hicieron siguiendo disposiciones tomadas previamente y de común acuerdo."*

No era preciso entonces jugar oficialmente a presumir de campeones de la neutralidad, como con tanto ruido lo hizo el gobierno demócrata belga. Y, sobre todo, hubiera debido tenerse cuidado de que maniobras hasta tal punto tortuosas, no fueran descubiertas. En política, aún puede permitirse el lujo de ser falso, con la condición en todo caso de no dejarse pillar. *"Pues bien, desde principios de noviembre de 1939, Hitler había sido exactamente informado de todos nuestros secretos"*, ha reconocido melancólicamente el Generalísimo francés Gamelin. *"Se encontraban por muchos lados abiertos y permeables al espionaje de los alemanes"*, agregó. (*Servir*, tomo I, pág. 96 y 97)

Este fue el caso, en forma muy especial, en lo que concernía a su acuerdo de colaboración secreta con el gobierno belga. Desde el 23 de noviembre de 1939, Hitler informó a sus generales comandantes de ejército, en el transcurso de una reunión en la cancillería: *"La neutralidad belga, de hecho, no existe. Tengo la prueba de que los belgas tienen un acuerdo secreto con los franco-ingleses."* (Documento 789 P.S. de los archivos de Núremberg) En realidad, él tenía una prueba doble: *"Lo he sabido, procedente de dos vías distintas, en una misma semana"*, me dijo Hitler durante la

guerra, una tarde en que me sintió confidencial. Había recibido dos informes completos de las decisiones adoptadas en el cuartel general de Gamelin, el primero facilitado por un informador del cuartel general aliado; el otro, por un confidente que Hitler tenía en el seno mismo del gobierno francés.

Hitler hubiese invadido Bélgica, sin duda, de todas maneras. Un país pequeño no iba a hacer desviar su gran máquina de guerra a la hora decisiva de marchar adelante. Pero si algunos escrúpulos hubiesen aún existido en él, desde noviembre de 1939 se los habría podido quitar de encima sin exceso de remordimientos, puesto que la neutralidad belga no había sido más que una mentira y un engaño.

Nosotros, los rexistas, ignorando aquellas maniobras subterráneas, poco brillantes a decir verdad, continuamos tratando de lograr, como una tropa sacrificada, el combate nacional por una neutralidad que era, a nuestros ojos, una de las últimas posibilidades de salvar la paz.

Posibilidad innegable, como lo probaron los fracasos del gobierno francés presidido por Reynaud, que, en febrero de 1940, escapó de la derrota por un solo voto (*"¡Y aún era falso!"*, subrayó, a continuación, el presidente Herriot)

Laval, su sucesor casi cierto, estaba dispuesto a negociar.

Por la noche, yo iba a veces a ver al rey Leopoldo III, en su palacio de Laeken. El General Jacques de Dixmude me guiaba. El soberano me recibía con toda confianza en ropa de montar. Estudiábamos juntos las orientaciones de la campaña de la prensa rexista, tendientes a mantener la opinión belga en una neutralidad ejemplar.

Sin embargo, yo no sospechaba que en el mismo sillón se sentaba, otras noches, recibido de puntillas como yo, ¡el representante secreto en Bélgica del alto mando francés! ¿Qué hubiesen dicho los belgas si en lugar de este agente de Gamelin, un coronel de la *Wehrmacht*, como delegado secreto de Hitler cerca del gobierno de la neutralidad belga hubiese venido a sentarse? El doble juego era patente.

Doble juego o, más exactamente, triple juego, porque en marzo de 1940, dándose cuenta de que el asunto olía a chamusquina, convencido ya de la fatalidad de la guerra y deseando limitar los desastres en su propio país, el rey Leopoldo III, con otra media vuelta secreta, había enviado a Berlín, ante el ministro Goebbels, a su hombre de confianza, el ex-ministro socialista De Man. El mismo De Man me contó en agosto de 1940 cómo su misión cerca del ministro *nazi* consistía en hacer comprender hábilmente a los alemanes el interés que para ellos tendría resbalar bajo el lado sur de Bélgica y abalanzarse sobre Sedan, el Somme y Abbeville.

¡Hitler lo había pensado un poco antes! Pero esto explica algunas cosas. Especialmente por qué le fue difícil a Leopoldo III largarse a Londres el 28 de mayo de 1940, seguro de oír, algunas horas más tarde, a Goebbels, tirar de la manta delante de los micrófonos.

¡Todo estaba perdido!

A fuerza de provocaciones y de incomprensión deliberada, los belicistas de Occidente habían llegado a sus objetivos, a hacer salir de su guarida a un Hitler exasperado.

¡Cuando se trató de las invasiones y matanzas de los *soviets* en 1956 (Budapest) y en 1968 (Praga) se tuvieron otras consideraciones!

La guerra, *inútil e imbécil* ya había estallado.

El 10 de mayo de 1940 las cadenas poderosas de los blindados de Hitler tumbaron las puertas de Occidente, aplastando bajo ellas, a lo largo de más de 1.000 kilómetros, regímenes democráticos desacreditados, tarados, irremediablemente carcomidos.

“Un jefe de gobierno belga, que hubiese explicado al pueblo francés la importancia vital de su papel de conciliador como yo hubiese hecho sin descanso ante los micrófonos de la radiodifusión, hubiese podido orientar en Francia los espíritus. En todo caso yo hubiese intentado lo imposible. Lamentaré hasta la muerte no haber podido conquistar a tiempo el poder, aunque ello no me hubiese deparado más que una mínima posibilidad de salvar la paz. La hubiese utilizado al máximo. El entusiasmo por lograrlo me hubiese dictado las palabras que hacían falta. El pueblo francés estaba maduro para el lenguaje que yo le hubiese ofrecido.”

(Léon Degrelle)

